

## APÉNDICE (1)

### LA VIDA DE BUDA SEGÚN LA REFIERE LA LEYENDA

El Bodisatva (Buda), dice el *Lalita Vistara*, vivía feliz en el amenísimo cielo de los bienaventurados, en su tienda divina, resplandeciente de indescriptibles magnificencias, donde innumerables habitantes del cielo le admiraban. Se hallaba sentado en su trono, cuando una voz sonora le mandó entrar en el seno materno para cumplir su última vida en la tierra. «Ha llegado el tiempo, no tardes,» dijo la voz. Entonces Buda, seguido de los hijos perfectos de los dioses, se dirigió al palacio de Dharmocaya (Plenitud de la ley) y todos se sentaron allí bajo sus correspondientes solios.

En esta asamblea, de la cual estaban excluidos los hijos de dioses de categoría inferior y las ninfas (*apsaras*), se oyó una voz que dijo: «Dentro de doce años entrará el Bodisatva en el seno materno.» Entonces los hijos de dioses, disfrazados de bracmanes, marcharon á la India y enseñaron que quien de esta manera puede entrar en el seno materno nace con las señales (que eran en número de treinta y dos) de gran hombre, y que le tocará vivir en su casa, ser rey y poseer siete tesoros, á saber: una rueda (la del dominio), un elefante, un corcel, una esposa perfecta, una joya (de oro, etc.), un buen administrador (ó ministro) y un

(1) Atento más especialmente M. Le Bon á reconstituir y á estudiar las civilizaciones de la sociedad inda, sólo ha dado en esta obra un brevísimo resumen de la vida del célebre reformador Buda. La importancia que tiene, ya desde el punto de vista legendario, ya desde el de la literatura de aquel país, nos ha inducido á agregar el presente APÉNDICE, para la redacción del cual hemos utilizado el extracto que del libro budista canónico *Lalita-Vistara* ha hecho el Dr. S. Lefmann, catedrático de la Universidad de Heidelberg, para su notabilísima *Historia de la India antigua*.  
(N. de los E.)

buen general, ó bien renunciará á todo esto, abandonará su casa, se hará anacoreta, dejará todo deseo material y las pasiones, y será dueño supremo, maestro de los dioses y de los hombres.

Mientras los supuestos bracmanes así profetizaban, los *pratieca-budas* (los que guardan la sabiduría y perfección alcanzada y no la comunican á los demás, los *budas egoístas*) recibieron de *Radyagirha* y *Varanasi* orden de salir del territorio de *Buda*, y uno tras otro desaparecieron de la tierra.

El *Bodisatva* meditó sobre el tiempo fijado para su nacimiento, y el país, la comarca y la familia en que había de venir al mundo, á fin de decidirse respecto de la vida que debía escoger, ó de rey ó de anacoreta; y después de considerarlo todo, comprendió que la que más le convenía era la vida de maestro, y entonces pudo contestar á los hijos de los dioses, los cuales desde largo tiempo, y siempre en vano, buscaban una familia sin tacha en la que pudiese nacer. Les dijo las sesenta y cuatro señales que la familia ó tribu había de tener y las treinta y dos que había de tener la mujer en cuyo seno el *Bodisatva* había de empezar su última existencia terrenal, y entonces, meditando un poco, conocieron la intención del santo.

La tribu ó familia que reunía las condiciones exigidas resultó ser la de *sakia*, tribu próspera, agradable y numerosa, siendo su rey *Sudhodana*, de prosapia paterna y materna purísima y él mismo varón sin tacha, de noble índole, dechado de todas las virtudes corporales, intelectuales y morales, y al mismo tiempo ni demasiado viejo ni demasiado joven. Su esposa se llamaba *Maya* y era hija de *Supra-Buda*, príncipe *sakia*. Era mujer encantadora, respirando toda ella juventud y dotada de gran belleza. No había tenido todavía ni hijo ni hija, tenía todas las cualidades de una virgen divina, y ningún defecto de su sexo; á las singulares ventajas corporales se unían en ella las cualidades incomparables y las virtudes de su alma; en una palabra, era, como se dice, una joya de mujer, semejante á *Maya* cuyo nombre llevaba, y por lo mismo no podía encontrarse otra tan digna como ella de ser madre de *Bodisatva*.

Entretanto se iba acercando el tiempo de bajar á la tierra, y entonces el *bodisatva* reunió á toda la comunidad de bienaventurados en su magnífica tienda para darles desde lo alto de su radiante trono su enseñanza, la cual oyeron los hijos de dioses y las ninfas, sentados alrededor, ocupando diferentes alturas, de modo que la reunión parecía una majestuosa cúpula. Anuncióles el santo su próxima partida y consoló y animó á sus afligidos oyentes y les dijo: «Amados míos: iré al *Jambudvīpa* (1); porque después de mi vida de *bodisatva* sería impropio no alcanzar el conocimiento supremo.»

Todos lloraban, y abrazando los pies del maestro dijeron en sus lamentos que el cielo perdería su brillo y ellos quedarían huérfanos. Entonces les dijo él señalando al *bodisatva Matreya*: «Este ocupará mi lugar,» y quitándose tiara y diadema las ciñó á *Matreya* y le dijo: «Después de mí serás llamado tú, noble varón, al conocimiento supremo.»

Después se discutió la cuestión de la forma bajo la cual el *bodisatva* había de penetrar en el seno materno, y al cabo de multitud de proposiciones, se decidió que lo hiciese bajo la forma de un elefante de nobilísimo aspecto, lustroso y con adornos de oro, con la boca abierta, es decir, con la trompa levantada, como aparición majestuosa, pues así lo dicen los *Vedas*, y que después de abandonar esta forma recibiría las treinta y dos señales (de los grandes hombres).

Entretanto el *bodisatva*, en vista de su próximo nacimiento, hizo ocho milagros en el palacio y los jardines del rey *Sudhodana*.

La esposa del rey salió del baño, se perfumó, se puso preciosas ajorcas y un vestido vaporoso, y radiante de alegría entró rodeada de sus damas en la sala de fiestas, donde se sentó en un magnífico trono á la derecha de su esposo, al cual dijo con encantadora sonrisa, con dulcísimas palabras y ademán modesto: «Salve, ¡oh rey!; préstame oído y concédeme una merced.» Seguidamente le pidió permiso para cumplir un voto piadoso en lo

(1) Según los Puranas, la parte central del mundo.

alto de su castillo, haciendo en medio de sus compañeras y amigas vida retirada y ascética. Declaró haber conservado su pureza y no haber faltado á ella ni con actos, ni con palabras, ni con el pensamiento; que había cumplido los diez ejercicios piadosos, y finalmente suplicó al rey que viviese durante el propio tiempo austeramente, absteniéndose de todos los goces materiales; que diera libertad á los presos, comida y vestido al pobre; que fuese para todo su pueblo un padre cariñoso; que hiciera cesar durante el tiempo de la vida retirada todas las discordias y luchas y que reinase en todas partes la felicidad y satisfacción.

Al rey gustó la súplica de su esposa y le concedió lo que pedía. Hizo adornar magníficamente los miradores del castillo con flores, palmeras y banderolas, y mandó arreglar lechos suntuosos; y cuando la reina se trasladó allí entre músicas y cantos, apostó miles de hombres armados en un vasto círculo para que guardasen la regia morada, donde quiso que Maya estuviese como una virgen divina en los jardines de Indra.

Entretanto se reunieron los moradores de las serenas regiones celestes, de los mundos de placer y corporales, para acompañar al bodisatva en su descenso á la tierra. Las vírgenes divinas que reinan en el mundo celeste de los placeres tuvieron vivísimo deseo de ver á la hermosa Maya, y vestidas de resplandor y de aromas salieron de la región de los inmortales y llegaron al país de Capila, donde estaba en medio de preciosos jardines el magnífico castillo de los cisnes, morada del rey Sudhodana y de Dartarashtra. Allí contemplaron desde su altura en los aires á la reina, echada sobre precioso lecho y rodeada de ninfas que con las manos levantadas en señal de saludo se la mostraban una á la otra con admiración no exenta de un tanto de envidia. Vió la reina á las vírgenes celestes y éstas hicieron llover sobre ella flores del cielo, con lo cual regresaron al cielo, de donde habían venido (1).

(1) Capila ó Capilvastu, residencia del rey Sudhodana, es el nombre de una ciudad que fué destruída y abandonada en época remota, pero sus ruinas fueron vistas todavía en los siglos v y vii por peregrinos chinos fidedignos.

Cuando hubo llegado el tiempo fijado por las voces celestes, todos aquellos seres celestiales, los cuatro grandes gobernantes del mundo, Indra y los demás, se trasladaron con grandes multitudes de ninfas cerca del bodisatva, prontos á acompañarle en su bajada á la tierra al son de músicas divinas. Entonces el bodisatva bajó de su trono, á la vista de todos los dioses y espíritus, y rodeado de millares de millares de moradores celestes emprendió su marcha. Súbitamente emanó de su cuerpo un resplandor tan fuerte, que atravesó todos los mundos y penetró hasta en aquellos espacios intermedios cuyos habitantes están rodeados de tinieblas. Todo el universo se conmovió, crujiendo en sus cimientos más profundos; pero en los aires resonaban al propio tiempo voces alegres y suaves; y mientras el bodisatva bajaba á la tierra y penetraba en el seno materno en medio del júbilo de todos los dioses, del coro de músicas celestes y de los cantos alegres de las ninfas, no hubo en ninguna parte ni desorden, ni discordia, ni odio, ni penas, ni dolor.

Había pasado la estación fría, reinaba la primavera; la tierra estaba cubierta de verdor; los árboles ostentaban su hermoso follaje y sus flores cuando el bodisatva vió desde su altura á la que había de ser su madre y bajó en forma de un hermoso elefante blanco y joven para introducirse en el seno materno (1).

Estaba la reina Maya entonces dormida y vió en sueños un elefante, más hermoso que ninguno de los que había visto, fuerte y majestuoso. Una sensación dulcísima conmovió todo su ser y la hizo despertar. Al momento se levantó, se puso su magnífico ropaje y se dirigió con sus doncellas al inmediato bosquecillo de Açoca, desde donde envió un mensajero al rey suplicándole que fuese á verla.

El rey recibió gozoso la noticia, y con gran séquito, del cual formaban parte hombres versados en las escrituras sagradas, se dirigió al bosquecillo de Açoca, á cuya entrada se detuvo dominado por un estremecimiento piadoso, hasta que voces de dio-

(1) El descenso y la llegada del bodisatva están representados en el bajo relieve de Amravati que hemos publicado en el tomo primero, pág. 227.

ses invisibles le animaron á penetrar en el sagrado recinto, donde encontró á Maya rodeada de sus doncellas. Contóle la reina su sueño; el rey llamó á los brahmanes impuestos en los *Vedas*, y estos sabios, después de enterarse, dijeron: «Alegría inmensa, magna, y no desgracia, aguarda á la familia real;» y dirigiéndose á la reina continuaron: «Y tú, ¡oh reina!, parirás un hijo que nacerá con todas las señales de ser señor del mundo; mas si prefiriese abandonar su casa, si renunciara á su trono y á todos los placeres terrenales, y poseído de amor á la humanidad eligiere la vida religiosa, será un buda, un maestro del triple mundo, que confortará á todos con precioso licor celestial.»

Así se explicaron los sabios brahmanes; el rey, lleno de gozo, los colmó de regalos y en todos los puntos principales de su capital, en las plazas y puertas de Capila mandó distribuir á los pobres ropas y alimentos. Dispuso la construcción de una morada de extraordinaria belleza y magnificencia y que igualara á las moradas celestes, para que Maya esperara allí su alumbramiento.

Entonces no hubo en ninguna parte ni pena ni dolor; todo el mundo vivió feliz como en los jardines de Indra.

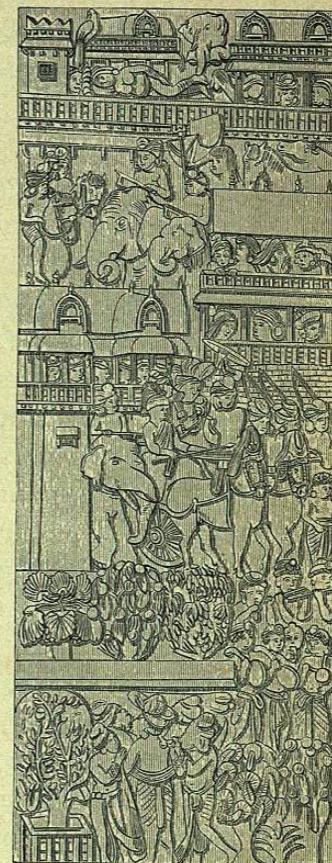
Al cabo de diez meses, gran número de milagros que ocurrieron en el palacio y en los jardines del rey Sudhodana anunciaron el cercano nacimiento del bodisatva. Al sentir la reina la aproximación del parto suplicó al rey, en el primer tercio de la noche, que le cumpliera un deseo que tiempo hacía tenía, á saber: una excursión á los bosquecillos de recreo, porque la primavera, estación de delicias para las mujeres, había revestido toda la naturaleza de sus galas, sus flores, el zumbido de las abejas y el canto de los pajarillos.

El rey hizo poner sus jaeces á los elefantes y caballos y adornar el noble ganado y los carros con aparejos de oro, campanillas y telas preciosas; mandó también adornar los árboles á lo largo del camino con cintas y gallardetes de brillantes colores; suplicó á las mujeres de palacio que se pusieran sus mejores galas y mandó que otras llevaran los instrumentos de música,

flautas, címbalos y arpas, para dar más realce á la excursión. La reina debía ir en un carruaje sola, y cuando subió á él fué saludada por las músicas y las campanillas, á lo cual se agregaron los cánticos que las mujeres de los dioses entonaron desde lo alto y el gorjeo de los pájaros. Flores celestes llovieron sobre Maya, la tierra tembló y se oyó una voz que dijo: «Hoy nacerá el mejor de los seres en el bosquecillo de Lumbini (de los goces).»

Púsose la comitiva en camino, escoltada por mucha gente armada y ricamente ataviada. Los cuatro guardas del mundo acompañaron el carro de la reina, precedido por los brahmanes. Los malos huyeron, y todos los dioses y millares de seres divinos saludaron en todas partes levantando los brazos en actitud devota. El rey, al ver aquello, comprendió que tantos honores tributados por Brahma, Indra y los demás moradores del cielo sólo podían dirigirse á un dios señor de dioses.

Así llegó la expedición al bosque sagrado, que ostentaba todas sus galas. Bajó Maya de su carro y paseando llegó al pie de un bananero majestuoso cargado de flores y fruta, y que bajó respetuoso sus ramas ante la reina. Entonces, rodeada la reina de ninfas que le ofrecían sus servicios y que la animaban y entonaban alabanzas en honor del hijo que había de nacer, dirigió gozosa su mirada al cielo, extendió el brazo derecho, que en aquel momento pareció un relámpago deslumbrador, y en el acto salió de su costado



Partida para el bosque de Lumbini, bajo relieve del tope de Sanchi

derecho el hijo que había llevado en su seno diez meses enteros, y que nació sin mancha y limpio como no nace nadie.

Indra, el príncipe de los dioses, y Brahma, el señor de los mundos, estaban allí respetuosos con un paño magnífico y resplandeciente en las manos, para envolver al recién nacido; pero éste se escapó de las manos de los dioses y se puso de pie en tierra. En el punto donde puso primero el pie nació al instante un magnífico loto. Al propio tiempo cayeron sobre el recién nacido dos chorros de agua, fresco el uno y caliente el otro, enviados ambos por el rey y la reina de las serpientes, y llovieron sobre él flores y perfumes celestes, mientras sobre su cabeza aparecieron un blanquísimo y deslumbrante quitasol y dos resplandecientes abanicos. Entonces el bodisatva, de pie sobre su loto, miró triunfante á su alrededor, como quien conoce su poder soberano, y dando siete pasos, que hicieron salir de la tierra otras tantas flores de loto, exclamó con voz sonora como la de Brahma: «Yo soy el más encumbrado y el mejor del mundo. Este es mi último nacimiento.» Manos divinas le pusieron los distintivos de su divinidad, continuaron lloviendo flores y perfumes, tembló la tierra, el cielo resplandeció de vivísima luz que penetró hasta en los abismos del infierno, y todas las criaturas se llenaron de gozo.

Así nació el bodisatva, cuyo feliz suceso corrió á participar al rey un mensajero seguido de otro y otro. Participóse también á Sudhodana el nacimiento simultáneo de otros hijos é hijas en la familia Sakia, de Jandaca, el hijo de la esclava, el del noble corcel Cantaca y otros sucesos maravillosos. El rey fué á ver al más excelso de sus hijos, á quien llamó Sarvartasida, y celebró el fausto suceso con un gran convite.

Siete días permaneció toda la expedición en el bosque de Lumbini en continuas fiestas y se repartieron abundantemente víveres y regalos. Al séptimo día de haber nacido el hijo, murió la madre, que pasó al cielo de Indra, pues dicen que era regla antigua que la madre de un bodisatva pasara á mejor vida á los siete días de haber dado á luz al hijo, porque así se le ahorra

la pena, que le destrozaría el corazón, de ver á su hijo adoptar la vida de peregrino al entrar en la plenitud de la edad viril.

El bodisatva fué llevado á la ciudad de Capila, lo que dió lugar á nuevas y pomposas fiestas. En la solemne entrada tomaron parte muchos miles de doncellas, unas con aguas odoríficas, otras con guirnaldas y coronas de flores, otras con abanicos de palma, de plumas de pavo real, etc., y entre las doncellas humanas las había también divinas. Todas las casas se abrieron al recién llegado, al cual, sin embargo, su padre dió una morada magnífica y nombró aya suya á su tía materna Gautami y para auxilio de ésta á un gran número de niñeras jóvenes.

Entretanto el rey con sus sakias pensaba en el porvenir del príncipe, dudando si éste se decidiría por el trono y cetro de señor de reinos é imperios, ó por el báculo y las alforjas del peregrino mendicante.

Vivía á la sazón en una choza solitaria al pie del Himalaya un anciano richi ó poeta religioso, llamado Asita, ó sea el Negro. Este, de varias señales milagrosas y de los gritos alegres de «¡Buda!», que habían proferido los dioses que cerca de él habían pasado, dedujo que debía de haber nacido un salvador del mundo, y con su vista profética supo luego que aquel salvador era el hijo del rey Sudhodana. Conmovidísimo, elevóse en el aire con su sobrino y discípulo, y trasladándose en un vuelo al palacio real de Capila, se hizo anunciar al rey. Sudhodana, al saber que un richi deseaba verle, accedió al instante, y Asita, después de saludar al rey y haber tomado asiento, declaró que le había conducido allí únicamente el deseo de ver al hijo incomparable que había nacido con las treinta y dos señales de gran varón.

«Está bien, dijo el rey; pero es menester que aguardéis un poco, porque ahora el niño duerme;» á lo cual replicó el richi: «Suelen dormir poco los grandes varones, y no tendré que aguardar mucho.» En efecto, al instante mismo entró un criado con la noticia de que el hijo del rey había despertado.

Cuando Asita vió en brazos del rey al niño, radiante de her-